

# Bofetada a la realidad urbanística

Lewis Mumford defiende las urbes como lugares para vivir y no solo para sobrevivir en su monumental *La ciudad en la historia*



## La ciudad en la historia

Sus orígenes, transformaciones y perspectivas

Lewis Mumford

Traducción de Enrique Luis Revol

Pepitas de Calabaza. Logroño, 2012

1.168 páginas. 50 euros

Por Anatxu Zabalbeascoa

LA MURALLA que encerraba las ciudades servía también de paseo. Recibía la brisa estival y era un mirador. La paradoja de las murallas que protegieron, pero también encerraron, tantas ciudades se extiende a las propias urbes. De ahí que su historia resulte fascinante. Es cierto que cada época tiende a alabar la parte del pasado que le devuelve su propia imagen, pero cuando Emerson escribió que la ciudad vive de recordar, hablaba de conocimiento y no de nostalgia. Lo que define a una ciudad no es su número de habitantes, sino su cultura y su propósito. El paso de la aldea a la polis cambió la resignada aceptación del destino por la búsqueda de una vida mejor. Y tuvo lugar en Grecia. Allí los hombres tenían tiempo libre, no se sospechaba de la pobreza sino de la riqueza, y la ciudad y el campo formaban una unidad, no dos modos de vida antagónicos. Por eso la polis era el lugar en el que el ser humano se superaba y se sobreponía a la mediocridad de lo seguro y lo habitual.

El historiador estadounidense Lewis Mumford creía que la elaboración y reelaboración de personalidades constituye una de las funciones principales de las ciudades, pero cuando escribió *La ciudad en la historia*, hace sesenta años—la revisó en 1989—, se mostraba esperanzado con el hombre y pesimista con la sociedad. Como su maestro, el escocés Patrick Geddes, cuyo *Ciudades en evolución* publicó hace tres años la editorial KRK, Mumford combinaba conocimiento biológico, urbanístico, histórico y filosófico. Y lamentaba que la ciudad exigiese peaje y que el hombre urbano pagase con la reducción de su vida personal su vasta expansión colectiva: "El hombre, que se desarrolló más que otras especies al potenciar el sistema nervioso central frente a los órganos especializados, se mutiló en la ciudad con la división del trabajo: uno de los fracasos de la civilización frente a una vida plena y variada".

Todavía hoy los argumentos de uno y otro están cargados de razón. Pero a pesar de que Mumford eligió pasar la mitad de su vida en una aldea (Armenia, en el Estado de Nueva York, donde murió en 1990 a los 94 años), fue en Manhattan donde aprendió a observar el mundo. Su prolífica bibliografía es una historia de las preocupaciones humanistas del siglo XX. De ahí que anticipe la toma de poder de los centros financieros o la sostenibilidad, y de ahí que un libro como este, con medio siglo a cuestas (ganó el National Book Award de 1962), se lea hoy como una bofetada. También como una novedad, una novedad antigua, es decir, una bofetada doble. La argumentación de Mumford en materia de ciudades, de tecnología o de sociedades está arraigada en la esencia del mejor ser humano: el que fue capaz de cooperar en lugar de competir. Por eso a la buena prensa del orden renacentista, el opone la organización medieval, los gremios y los planes urbanísticos orgánicos, en los que mandaba el lugar y el hombre se creía adaptándose.

Es cierto que ninguna ciudad medieval ofreció plena libertad, igualdad o autonomía, y que la inseguridad y la tortura quedaron encerradas entre las murallas, pero también que la comunidad se imponía al dominio y que la población era más homogénea que en las ciudades actuales porque había más intereses comunes. Aún en el siglo XIV, recuerda Mumford, en Inglaterra los ciudadanos debían colaborar por ley, sin distinción de clases, en la época de la recolección. "Separar la prosperidad de la ciudad de la del campo no



Mumford eligió pasar la mitad de su vida en una aldea del Estado de Nueva York, pero fue en Manhattan donde aprendió a observar el mundo. Foto: Maren Fischinger

## Las fuerzas de la civilización

► **Neolítico:** Los recipientes—que permitieron acumular alimentos— y no las armas fueron el hecho magno de esta época. Los hicieron las mujeres. La revolución agrícola fue precedida por una revolución sexual en la que predominó la mujer, que plantaba las semillas y vigilaba su crecimiento. "Casa, aldea y población son mujer con mayúscula". Lo dice Mumford, pero también los jeroglíficos egipcios en los que los símbolos de casa, aldea y madre se confundían. La domesticación del hombre y la del paisaje fueron parte de un mismo proceso.

► **Roma:** "La gran máquina de hacer salchichas que convirtió a las demás culturas en eslabones uniformes". Los espacios abiertos de la ciudad son suyos. El César donó sus jardines en uno de los primeros casos de traspaso a la comunidad de un privilegio privado. Pero el ciudadano no tenía un papel activo: recibía órdenes.

► **Sostenibilidad:** Mumford critica la locura de no aprovechar los excrementos como fertilizante y, en su lugar, contaminar los ríos como el gran paso atrás por un progreso técnico superficial.

► **Economía y política:** La creación artificial de escasez en medio de una creciente abundancia natural fue uno de los primeros triunfos de la nueva economía de

la explotación civilizada. "Todo Estado totalitario descubre que para lograr la obediencia voluntaria debe crear una apariencia de beneficencia para despertar afecto, confianza y lealtad".

► **Especialización deshumanizadora:** El mérito de los Juegos Olímpicos en la antigüedad era la posibilidad de que el hombre se retara con otras ocupaciones. Se trataba de probar, no de especializarse y ganar. El ciudadano tenía múltiples papeles: jurado, soldado o actor, que impedían la especialización profesional. La desaparición de los juegos y el abandono del teatro, que servía para conocerse a uno mismo, coinciden con el fin de la ciudad clásica.

► **Educación y ciudadanía:** En la cultura medieval, los jóvenes de clases superiores adquirían conocimiento del mundo sirviendo de camareros en familias nobles. Los ciudadanos de Florencia votaron el tipo de columna que debía usarse en su catedral.

► **Ciudad moderna:** La historia de la ciudad del XIX es la de una enfermedad, y la del XX la de un tratamiento que alivia los síntomas pero mantiene las condiciones que causan la enfermedad: "La actual civilización metropolitana contiene en su seno las fuerzas explosivas que arrastrarán las huellas de su existencia". A. Z. •

ha sido más que una burda ilusión", lamenta.

Recluido en los bosques de Armenia, Mumford se dedicaba a analizar la naturaleza para entender la ciudad. Al tiempo que observaba el apego a un mismo nido —al que volvían algunos pájaros estación tras estación—, aseguraba que la complejidad de la población humana no carecía de precedentes zoológicos y constataba que los intereses y angustias no se encuentran entre los animales: nuestra preocupación

por los muertos es exclusiva. Por eso la ciudad de los muertos, el cementerio, es anterior a la de los vivos. Y precursora de la ciudad viva.

"Solo por sus dioses se esfuerzan los hombres de un modo tan extravagante". También la catacumba y la pirámide egipcia anteceden a la denostada arquitectura espectacular de nuestra era. Ha sucedido muchas veces en la historia: aunque la población estuviera mal alimentada no se es-

timaban gastos para crear templos. El propósito de los monumentos era producir un temor respetuoso porque, sostiene Mumford, "el centro urbano es un teatro". Ante ese escenario, el espectador ve grandes a los actores y a los edificios de la ciudad. Por eso este humanista, al tiempo que describe Atenas como la mejor de las ciudades—en su

ágora se intercambiaban mercancías y conocimiento: citas judiciales e higos, uvas y relojes de agua—, recuerda que el Partenón de Pericles lo hicieron posible actos violentos de injusticia flagrante que la cuna de la democracia perpetraba sobre sus vecinos. El dinero para los monumentos estaba manchado de sangre: "La debilidad moral no es menos visible aunque esté materializada en una impecable imagen estética".

La verdadera fuerza de la ciudad griega consistió en no ser demasiado grande ni pequeña, demasiado rica ni pobre. Por eso, frente a tantos urbanistas que defienden la densidad de las grandes metrópolis, en el tamaño medio ve Mumford una defensa de la ciudad como lugar para vivir, en lugar de para sobrevivir. "El ciudadano libre utiliza su inteligencia para levantarle la mano al destino. Y una sociedad en la que los barrios ricos y pobres estaban pared con pared y en la que una pobreza noble era más estimada que la innoble riqueza" fue el modelo ateniense. Hasta que llegó Pericles y los ciudadanos perdieron su voluntad de luchar por la libertad y ocultaron su vacuidad y su inercia moral reclamando artículos que podían adquirirse con dinero. Se repite la historia. También en las ciudades: "No hay regla económica o de sentido común que explique cómo las ciudades eran completamente arrasadas para ser reconstruidas luego por el destructor, en el mismo lugar".

El don máximo de una urbe ha sido transmitir una cultura compleja de generación en generación. Y Mumford ve los mandamientos morales elementales en el respeto por el vecino y la reverencia ante la vida. Por eso, hace cincuenta años, ya urgía a volver a la tierra, a recuperar a los seres humanos enteros. Y advierte que, en zología, cualquier especie amenazada no acepta la privación de vida y protesta mediante un acto biológico a favor de la supervivencia. De ahí el valor de este libro que entiende el conocimiento no como un refugio sino como una salida. •